

Sentir para Aprender

Gloria Colín Correa

En muchas ocasiones se piensa que para poder aprender algo, se deben separar los sentimientos de la razón. Fragmentar en el sujeto el sentir, que se supone es mera subjetividad, de la racionalidad, que le da el estatus de persona, suele hacer confrontar constantemente nuestro Ello (es decir, nuestra pulsión) con nuestro SuperYo (norma social), logrando así, en la mayoría de los casos, que se quiera poder expresar a uno, reprimiendo al otro.

Por ello, resultaría un poco ingenuo seguir resaltando y asumiendo al pensamiento racional como forma única para lograr el aprendizaje; sería pertinente voltear a ver ese otro aspecto que considera y hace uso de la intuición, como seres empapados de sentidos para percibir y apropiarnos de nuestro exterior, creando así constructos mentales que contribuyan a preservar y reconstruir nuestro estatus de seres humanos.

Lo anterior no quiere decir que debamos dejarnos llevar por nuestras pulsiones en pro de sólo satisfacerlas, aislándonos de la realidad cotidiana que nos involucra como integrantes de una cultura en la que estamos y con la que estamos, pues sería como negar nuestra propia esencia de seres pensantes y de acción. Como dice Edgar Morin en *Los Siete Saberes para la Educación del Futuro* (1999) refiriéndose al bucle razón-afecto-impulso "el cerebro humano integra en él : a) El paleocéfalo, heredero del cerebro reptil, fuente de la agresividad, del celo, de los impulsos primarios, b) el mesocéfalo, heredero del cerebro de los antiguos mamíferos en donde el hipocampo parece ligar el desarrollo de la afectividad y el de la memoria a largo plazo, c) el córtex, que de manera muy desarrollada en los mamíferos hasta envolver todas las estructuras del encéfalo y formar los dos hemisferios cerebrales, se hipertrofia en los humanos en un neo-córtex que es la base de las habilidades analíticas, lógicas, estratégicas que la cultura permite actualizar completamente.

Así, se nos aparece otra faceta de la complejidad humana que integra la animalidad (mamífero y reptil) en la humanidad y la humanidad en la animalidad. Las relaciones entre las tres instancias no solamente son complementarias sino también antagónicas, implicando los conflictos muy conocidos entre la impulsividad, el corazón y la razón; de manera correlativa, la relación triúnica no obedece a una razón-afectividad-impulso; hay una relación inestable, jerarquía permutante, rotativa entre estas tres instancias. La racionalidad no dispone pues del poder supremo; es una instancia que compete y se opone a las otras instancias de una tríada inseparable; es frágil: puede ser dominada, sumergida, incluso esclavizada por la afectividad o la impulsividad, de la misma forma que el impulso homicida puede servirse de la maravillosa máquina lógica y utilizar la racionalidad técnica para organizar y justificar sus empresas.

Lo que se presenta aquí es una propuesta (flexible e inacabada) para aprender, involucrando a la racionalidad y al sentir como esa dualidad que integra y complejiza la esencia de las personas y por la cual están conformadas. Se describirá un poco más lo que quiere decir el sentir, lo involucra y en lo que consiste, sin resaltarlo más que al pensamiento u opacando a la razón, pues quedará claro que en el actuar de una persona concienciada (más adelante se hablará de ello) desde un yo (entendiendo a éste como un principio de realidad), sin ignorar o dejar de lado a uno de estos dos aspectos que la conforman (antagónicos, sí, pero a final de cuentas complementarios).

Pero ¿qué significa sentir?, tomando la definición de Agnes Heller, sentir quiere decir estar implicado en algo, y ese algo puede ser cualquier sustantivo (un proceso, un problema, una situación, un ser humano, otro sentimiento... otra implicación), ese algo es indeterminado pero presente [1](Heller, 1980).

Estar implicado en algo, sentir, es relacionar ese sustantivo con uno mismo; es vivificarlo, experimentarlo; aquí es cuando viene la fase de la significación (cuando te preguntas el por qué, el para qué de lo que haces, si en verdad te identificas con tus acciones y el por qué éstas tienen relación contigo y tú con ellas).

Es conveniente aclarar que el aprendizaje no sólo debe involucrar al educando o al educador como entes aislados, sino a esa dualidad inseparable que plantea Paulo Freire, a ese educador-educando y a ese educando-educador, la cual implica que el educando se conciba como el educador del educador y el educador como el educando del educando (de esta manera ambos aprenden uno del otro y ambos se educan entre sí) (2002, pp18-19) (citado de Freire, Paulo: 1968. "La concepción "bancaria" de la educación y de la deshumanización" en Cristianismo y Sociedad, número especial, Septiembre); uno no puede concebirse si no concibe al otro, pues "nadie 'es', si prohíbe que los otros 'sean' ", diría Freire [2](2002).

Así, es pertinente y necesario que haya una invitación mutua, el educador-educando deberá exhortar al educando-educador, y viceversa, para sentir, para que se impliquen en algo de manera estrecha y relacionada a ellos mismos, ya que ello produce que se involucren como personas individuales y responsables de quienes son, en todo lo que hagan a partir de lo que elijan ser, o no ser, pues "la responsabilidad exige que el hombre tenga que tomar a menudo decisiones en problemas grandes y pequeños, que afecten intereses ajenos y propios, con los cuales se siente entonces comprometido" [2](Freire, 2002, p.51), frase de Simone Weil.

Al sentir, la implicación es el factor constructivo, inherente e inseparable del actuar, del pensar; la implicación está incluida en todo por la vía de la acción, diría Heller [1](1980); para ello tenemos que involucrar a los sentidos, expresarnos y experimentarnos como personas sensibles, ya que como argumenta Juan Enrique Pestalozzi refiriéndose a una parte de la educación integral que él propone:

"La educación intelectual se basa en la visión de objetos que interesan y animan a nuestros sentidos externos. . . Pero nuestro oído, olfato, gusto, tacto, etc., son sólo educativos en la proporción de que las fuerzas de nuestra visión, de nuestro oído, etc. . . , son dirigidas a ver, a oír, etc. debidamente" [7](Pestalozzi, 1996).

Es decir, con un fin y una intencionalidad específica; en este caso, aprender sintiendo.

No basta con hacer o realizar una acción cuando nos es indiferente o cuando no tiene significado para nosotros mismos, porque entonces no hay implicación; así no estaríamos sintiendo. Por lo tanto, el grado o el porcentaje de implicación es independiente a la acción; lo cual quiere decir, que cuando uno se implica en algo es porque ese algo implica un fin en sí mismo para mí, no importa qué actividades o acciones esté realizando, sino más bien la relación que uno le atribuya para consigo mismo.

Para ello, se necesita voluntad, pero esta voluntad entendida desde Agnes Heller, quien argumenta que ésta, es el deseo que está más vinculado con la acción, con el hacer [1](1980). Sí, sentir con voluntad, esto se necesita para relacionarse con un grupo de personas heterogéneas, venciendo los prejuicios de mostrarse a los otros, siendo responsables cada uno de ellos mismos; sin rechazar algún tipo de sentimiento que pueda surgir, sino más bien canalizándolo en pro de lograr lo que se propongan cada día, como una lucha constante, y conscientes de que esto puede implicar también dolor, mas todo ello con el propósito de entenderse y concienciarse individualmente para posteriormente poder entender y concienciarse del otro y del exterior mismo. Entendamos aquí a la concienciación, desde la postura de Freire como:

"Despertar de la conciencia', un cambio de mentalidad que implica comprender realista y correctamente la ubicación de uno en la naturaleza y en la sociedad; la capacidad de analizar críticamente sus causas y consecuencias y establecer comparaciones con otras situaciones y posibilidades; y una acción eficaz y transformadora. Psicológicamente, el proceso encierra la conciencia de la dignidad de uno: 'una praxis de la libertad'. Si bien el estímulo del proceso de la concienciación deriva de un diálogo interpersonal, a través del cual uno describe el sentido de lo humano al establecer una comunión a través de encuentros con otros seres humanos, una de sus consecuencias casi inevitables es la participación política y la formación de grupos de interés y presión" (Freire, 2002) [citado de Thomas G. Sanders, The Paulo Freire Method, American Universities Field Staff, Nueva York, junio 1968].

Y así, como lo plantea Freire, poder actuar y modificar en conjunto el mundo en el que viven, para un bien en común, como seres radicales en una transitividad crítica y dialogal [2](2002). Es decir, siendo personas que intervienen en el exterior, en su mundo, en su vida, en una forma activa concienciados de lo que son y de lo que hacen, sin esperar que un estímulo los mueva; cuestionando las condiciones en las cuales viven, sus acciones mismas, y argumentado el por qué de ello; mas todo, siempre, comunicándose con el otro, en una interacción donde el diálogo deja de lado el discurso individual, narcisista, para involucrar el interés y la preocupación por el otro.

Por y para lo anterior, es necesario implicarnos en lo que hacemos, expresando y poniendo en práctica la voluntad individual, involucrándonos en nuestra vida misma, identificándonos con los contenidos, con las formas de ésta y con los fines que experimentamos. Deberemos implicarnos en ello, para no sólo repetir frases y acciones aisladas de nuestro sentir, y así poder darle un sentido a las cosas que hagamos, que la acción sea un fin por sí mismo (en este caso aprender) pero de manera vivificada como lo argumenta Pestalozzi: pensando, haciendo y sintiendo, implicándose en ello [7](Pestalozzi, 1996).

Pero lo anterior, cada uno deberá partir desde él mismo (tomando en cuenta sus posibilidades, circunstancias y aspiraciones), desde un previo conocimiento de sí, para sí y por sí mismos para que sean responsables de lo que eligen ser y hacer, porque como dijera Nietzsche: "Dios ha muerto" [6](Nietzsche, 2005) y debido a ello, es necesario tener en cuenta que la mayor parte de la responsabilidad de ser lo que se es y de hacer lo que se hace, radica sólo en uno mismo; y mientras más concienciado se sea, más cerca se estará de implicarse en algo, primeramente en uno mismo y en lo que hagamos para sentir de manera concienciada y responsable todas aquellas acciones que realicemos, en este caso aprendiendo, pensando y sintiendo.

Por tal, en este ensayo se pretende que en el proceso de enseñanza-aprendizaje, se tome en cuenta a la par de la razón, el sentir, como un implicarse en algo, con una intencionalidad y con un fin determinado, que nos posibilite aprender y enseñar mutuamente como educadores-educandos y educandos-educadores.

Referencias

- [1] Heller, A. (1980). *Teoría de los Sentimientos*. España: Ed. Fontamara.
- [2] Freire, P. (2002). *La Educación como Práctica de la Libertad*. México, Siglo Veintiuno editores.
- [3] Freud, S. (1993). *Los textos Fundamentales del Psicoanálisis*. España, Ediciones Altaya.
- [4] Masotta, O. (2000). *Lecciones de Introducción al Psicoanálisis*. México, Gedisa.
- [5] Morin, E. (1999). *Los Siete Saberes para la Educación del Futuro*. Francia, UNESCO.
- [6] Nietzsche, F. (2005). *Así habló Zarathustra*. México, Ediciones Leyenda.
- [7] Pestalozzi, J. E. (1996). *Canto del Cisne*. México, Porrúa.